

monarca, y llevándole en procesion á un camarín riquísimo que le habian preparado en el Cláustro, rogáronle que se adornase el pecho con media docena de escapularios y alguna reliquia milagrosa de huesecillos ó retazo de santo, lo cual como hombre piadosísimo, hizo de buena gana. El infante D. Carlos y D. Antonio Pascual imitáronle, dirigiéndose despues todos, cirio en mano, á la vecina iglesia, donde ocuparon sus asientos en medio del respeto y la admiracion de los fieles.

Todavía me parece que le estoy mirando. No puedo olvidar aquella majestuosa figura arrodillada, con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento en actitud tan edificante, que la misma impiedad se habria ablandado y convertido contemplándole. ¡Con cuánta religiosidad atendia á las sonoras preces, y con cuánta fé al sermon que predicó el padre Vargas, y en el cual no faltó aquello de llamarle Trajano y Constantino, y de elogiar *sus sábios dictámenes para dirigir sábiamente la nave del Estado!* ¡Con cuánta uncion y evangélica manse dumbre besó las reliquias que el padre Ximenez de Azofra le presentara, y dijo despues las oraciones finales para implorar de Su Divina Majestad la gracia y el buen consejo! Todos los presentes estábamos conmovidos, y parecia

que se nos comunicaba algo de la celestial pureza de aquel varon insigne, ante cuya preciosa cabeza se postraba mudo y sumiso el pueblo escogido de Dios. ¡Oh que gusto ser español!

Concluida la ceremonia, pasó Su Majestad al camarín, donde ya se había dispuesto una lujosísima mesa, como destinada á boca y paladar de tal príncipe, y en la cual las viandas más apetitosas reclamaban la vista y olfato, recreando y extasiando el alma. No sé qué angeles reposteros pusieron sus manos en aquello; pero lo cierto es que la tal mesa parecía destinada á servirse en los altos comedores del Paraiso, para regalo de las más excelsas potestades. Aunque allí como en los cláustros no tenían entrada sino las personas convidadas, muchas damas de lo más granado de Madrid, consejeros, generales, oficiales, marinos, presidentes y priostes de las cofradías, capellanes de palacio, alguaciles y familiares de la Inquisición, canónigos de San Isidro y demás gentes de viso, el gentío era grande, porque los trinitarios, deseosos de dar lucimiento á la fiesta, habían abierto mucho la mano en las invitaciones. No nos podíamos rebullir; todos querían ver los augustos semblantes de Su Majestad y Altezas. Los frailes no cabían en su pellejo de puro satisfechos, y trataban de atender á todo.

Su Majestad no hizo más que probar algunos platos; obsequió con dulces á las damas, dando muestras, allí como en todas partes, de su exquisita galantería, y se retiró á la sala capitular para despedirse de los bondadosos y humildes padres. Pugnaban los convidados por penetrar en la sala, llevados unos del deseo de saciar sus ojos en la contemplacion del rostro de nuestro soberano, otros aguijonados por el afan de presentarle memoriales. Gracias al padre Salmon, que se me apareció como emisario del cielo, pude penetrar en la sala, llevando conmigo á la señora condesa de Rumblar con su hija y á las señoras de Porreño. Las cinco damas estuvieron á punto de quedarse fuera. Sensible sobre toda ponderacion hubiera sido este accidente, porque la condesa iba á presentar al Rey un memorial pidiendo una bandolera para su hijo, y doña María otro en pró de la tan deseada moratoria.

¡Oh! espectáculo sublime, y qué hermoso es ver á un Rey, atendiendo con paternal solicitud al socorro de sus hijos, recibiendo las peticiones de estos y prometiendo satisfacerlas con generosidad, con esa generosidad régia, que es un reflejo de la misericordia divina. Puesto Su Majestad en un estrado que á propósito se habia construido, el prior Ximenez de Azofra le

presentó un memorial, solicitando no sé qué mercedes para dos sobrinos suyos y dos cuñaditos de su hermana; y despues que el bendito trinitario cumplió los deberes domésticos, mirando por el bien de su venerable parentela, fué presentando al Rey uno por uno á todos los demás postulantes, que ya habian convenido con él en los pormenores de esta ceremonia. Recogió Fernando las peticiones con tanta bondad, que era imposible contener las lágrimas viéndole. A todos prometia villas y castillos, dirigia algunas preguntitas, hacia el obsequio de una sonrisa, cuando no de palabras, y daba á besar su real mano con una llaneza que no desmentia la dignidad. ¡Oh que inefable delicia ser español y súbdito de tal monarca!

Cuando Ximenez de Azofra indicó á la señora de Rumblar que se acercase, y vió Su Majestad á la grave madre y al lindo retoño, se rió de una manera tan franca que todos nos quedamos pasmados; y al recibir el memorial fijó los negros ojos de fuego en Presentacioncita, la cual, turbada, azorada, trémula, vaciló y hubiera caido en tierra, si no la sostuviéramos. Estaba la muchacha más roja que una cereza. Dirigióle el paternal y bondadoso monarca la palabra, preguntándole si tenia padre,

á lo cual doña María, hecha un mar de lágrimas, contestó que no.

Todos nos quedamos asombrados de la inmensa bondad del Rey, que en aquella pregunta como que queria constituirse en padre de todos los huérfanos del reino.

Cuando nos retirábamos, Presentacioncita estaba pálida como el mármol.

—¿Le vió Vd. bien?—me dijo en voz baja.
—¡Ay! Sr. de Pipaon, estoy asombrada, aterrada.

No pude oirla más, porque sentí que entre el gentío me ponian una mano en la espalda.

Era el duque de Alagon, que queria hablarme á solas... pues no podia pasar mucho tiempo sin que él y yo tratásemos algo importante para el bien del estado.

XVIII

A las dos del siguiente dia estaba yo en palacio. Envióme D. Antonio Ugarte, recién llegado á Madrid, para que diestramente y con amañados pretextos observase lo que allí pasaba. Despues de hablar con varios gentiles hombres y mayordomos, llevóme uno de estos al salon

que precede á las régias habitaciones, y en el cual suele verse en dias de audiencia gran marejada de pretendientes que entran ó salen. Presentóseme allí el duque de Alagon, que llevándome á parte, me señaló un anciano que en el mismo instante salia de la Cámara Real.

—¿Conoce Vd. á ese?—me dijo:

—Es D. Alonso de Grijalva,—contesté sin disimular mi disgusto.—¡Maldito vejete! No puede dudarse que ha venido á implorar el perdon de su hijo.

—Y lo ha conseguido; yo puedo asegurarlo, porque estaba presente durante la audiencia.—
¿Creera Vd. que el buen señor se ha echado á llorar delante del Rey?

—¡Que falta de cortesía!

—Su Majestad le ha recibido bien. Grijalva goza de muy buena opinion: es realista vehementemente.

—Vamos, que se ha salido con la suya.

—De una manera absoluta. Por esta vez, amigo Pipaon... Además vino presentado por dos personas de la primera nobleza y por el Patriarca, y precedido por una carta del Nuncio.

—¿De modo que se nos escapó Gasparito?—dije yo, tomándolo á broma.

—Sin remedio ninguno. Su Majestad se ha

mostrado tan decidido, tan categórico... Al despedirse, le dijo: «Puedes marcharte tranquilo á tu casa, que mañana sin falta estará tu hijo en libertad y se sobreseerá esa causa. Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo.» Lo repitió tres veces.

—¡Cómo ha de ser!... A lo hecho pecho—dije, discurriendo en aquel mismo instante qué nuevos medios emplearía para llevar adelante mi plan.

Pero sacóme de mis meditaciones el duque mismo llevándome de sala en sala, hasta una en que acostumbraban reunirse los cortesanos para arreglar sus cuentas de favoritismo unos con otros, sopesar su respectiva influencia y regodearse en comun de ver la buena marcha de los asuntos del gobierno.

Cuando entramos el duque y yo, habia en el salon cuatro personas; paseábanse juntos de un ángulo á otro en la diagonal de la estancia, Pedro Collado y D. Francisco Eguía, teniente general, ministro de la Guerra, anciano casi decrepito, aunque no privado aún de cierta agilidad, y con una singular comezon de hablar y moverse, que era el rasgo distintivo de su espíritu, así como la coleta y corcovilla lo eran de su cuerpo. Formando grupo aparte, hablaban por lo bajo sentados en un divan, D. Pedro

Ceballos, ministro de Estado, y D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, ministro de Marina.

Detuviéronse Eguía y Collado al vernos, y el primero, que no por ser de carácter inflexible y duro en los negocios públicos dejaba de mostrar mucha llaneza en la conversacion familiar, me dijo:

—¡Cuánto bueno por aquí! Me han dicho que va Vd. á la Caja de Amortizacion... Sea enhorabuena.

—Gracias, muchas gracias—repuse con modestia.—Bien saben todos que no lo he solicitado.

—Bien hayan los hombres de mérito—dijo Collado.—Ellos no necesitan de recomendaciones para subir como la espuma.

—Nos hemos propuesto darle su merecido á este tunante de Pipaon,—dijo el duque con cortesania, y poco á poco lo vamos consiguiendo. Este va para ministro, Sr. D. Francisco.

—Lo creo, lo creo—repuso el anciano alzando la abatida cabeza y guiñando el ojo para mirarme.—Pero no le arriendo la ganancia... ¡Santo Dios, qué laberinto, qué torre de Babel es un ministerio!

—Lo creo, Sr. D. Francisco—dije con oficiosidad.—Pero sin su poquito de abnegacion, no se concibe al buen súbdito de Su Majestad.

—¡Oh! es claro; nos debemos á Su Majestad... Pero á mis años, la enorme carga de un ministerio es insoportable... Precisamente en estos días la balumba de asuntos puestos al despacho me ha rendido más que una batalla.

—Pues es preciso cuidarse, Sr. D. Francisco.

—¿Querrá Vd. creer, Sr. Collado—dijo el guerrero gesticulando con desenvoltura,—que ya están despachados todos los nombramientos que Vd. me recomendó en aquella minuta?...

—¿Las doce comandancias de provincias, seis plazas fuertes y no sé cuantas tenencias de resguardos?... Pues la mitad de esas limosnas son para el señor duque que nos está oyendo.

—Vamos—continuó D. Francisco con socarronería—que por falta de pedir no se les pondrá mohosa la lengua. Yo, que soy ministro, no he podido satisfacer el deseo que há tiempo tengo de regalar un arciprestazgo al sobrino de mi cuñada. ¿Y por qué? Porque no me ocupo de pedir, ni gusto de importunar por un miserable destino.

—Se tendrá en cuenta—afirmó gravemente Collado.

—Hace pocos días—continuó el general—hablé de esto á Moyano, y me dijo que Su Majestad se habia reservado la provision de todas las plazas.

—No es cierto, ¡qué enredo!—expresó el ayuda de Cámara.—¡Reservarse Su Majestad todas las plazas!

—Quien se las ha reservado—afirmó el duque, con enojo,—es el mismo ministro, el insaciable D. Tomás Moyano, que tiene media nación por parentela.

—¡Es gracioso!—dijo Eguía riendo.—Cuentan que ha despoblado á Castilla; que ya no hay en Valladolid quien tome el arado, porque los labradores todos han pasado á la secretaría de Gracia y Justicia.

¡Cuanto nos reímos á costa del ministro ausente! Yo, que no queria perder la coyuntura de demostrar á D. Francisco Eguía la admiración que me causaba su desmedida aptitud para los asuntos militares, dije con gravedad:

—No me nombren á mí esos ministros que no se ocupan más que de la provision de los destinos, de colocar parientes y despoblar aldeas para rellenar secretarías. Tales hombres no hacen la felicidad del reino... Señores, no todos los ministros cumplen con su deber. Casi puede decirse que la mayor parte van por mal camino; casi, casi, se puede afirmar que uno solo... y no lo digo porque esté delante don Francisco Eguía... Cuantos me conocen estarán hartos de oirme asegurar que de todos los

secretarios del despacho, el que con más celo se consagra á asuntos beneficiosos y de interés general, es el que nos está oyendo.

—Gracias, gracias —exclamó el guerrero, poniendo su guerrera mano en mi hombro.— He hecho lo que me ordenaban mis antecedentes militares.

—La verdad es que sólo el trabajo de las nuevas ordenanzas basta á asegurar la reputacion de un ministro.

—¡Y cuánto me han dado que hacer las tales ordenanzas!—dijo D. Francisco, con voz hueca y ponderativos ademanes.—Como que abrazaban multitud de puntos delicados y que no era posible resolver á dos tirones. Ha sido preciso dictar disposiciones nuevas, que no figuraban en nuestros antiguos códigos militares. ¿Creen Vds. que es un grano de anís? Fácil era prohibir á los soldados que cantasen las estrofas que les guiaron al combate durante la guerra; pero ¿y la orden de rezar el rosario en cuerpo todos los días?... ¿y la série de minuciosas instrucciones sobre el modo de tomar agua bendita al entrar formados en la iglesia? Luchábamos con el vacío que la legislacion militar ofrece hasta hoy en este punto, y hemos tenido que hacerlo todo de nuevo.

—¡Es admirable!—exclamé.— Pero sírvale

á Vd. de consuelo por su trabajo, la gratitud del ejército.

—¿Qué deseo yo sino su bien?—prosiguió el venerable militar.—Sabe Dios que me constriesta en extremo el que se deban tantas pagas; pero eso no está en mi mano remediarlo.

—Ni en la de nadie—afirmó el duque.

—Pero váyase lo uno por lo otro—dije yo.—Si no cobran, en cambio el Sr. D. Francisco ha decretado la construccion de un hospital de inválidos.

—Es verdad, tambien tengo esa gloria. Yo he dado ese decreto, y si el hospital no se construye, no es culpa mia.

—Ni mia—repitió maquinalmente Collado.

—A falta de pagas, añadió Eguía con juvenil complacencia,—preparo una disposicion, en virtud de la cual, cada año de campaña se cuenta como dos de servicio, lo cual tiene la ventaja de que muchos militares noveles y que ahora empiezan su carrera, pueden retirarse á sus casas con una pingüe cesantía... Vamos, no se quejarán.

—Sobre eso écheles Vd. las cruces recientemente creadas...

—Justamente—dijo D. Francisco.—Miren Vds.: no paré hasta no conseguir el establecimiento de la *Cruz de Lealtad de Valencey*, con

la cual se ha premiado á los que acompañaron á Su Majestad, mientras aquí ardía la más feroz de las guerras... En fin, en mi ministerio se ha trabajado. Sólo siento que mis años y achaques no me permitan desplegar mayor actividad, y me alegraré de tener un sucesor que no levante mano hasta poner á nuestro ejército en el pié de magnificencia que le corresponde.

A este punto llegaba, cuando se acercaron á nosotros el ministro de Marina y D. Pedro Ceballos.

—¿Quién vá al cuarto del infante D. Antonio?—preguntó D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, disponiéndose á salir.

—Corra Vd., corra Vd...—repuso el duque con zandunga.—Su Alteza está muy impaciente por saber el estado de la mar.

—Barcos no tenemos—indicó maliciosamente Ceballos,—pero almirante...

—El Almirantazgo ha quedado constituido al fin—dijo Cisneros,—gracias á mis esfuerzos. Por algo se empieza. Hay que tener paciencia.

—Es claro; los barcos se harán despues,—apunté yo.

—Gracias á Dios—dijo Cisneros,—ya tenemos Almirantazgo. Precisamente acaba éste de tomar una determinacion importante.

—¿Cuál?

—Ceder al infante los derechos que la corporacion percibe. Es una bonita renta.

—Lo que dice Pipaon—manifestó Ceballos.
—Tiempo hay de hacer los barcos. La cosa no urje.

Cisneros no habló más y se retiró. Era un viejo caduco y triston que no infundia ya sentimientos de afecto ni de antipatía. Habia estado en el combate de Trafalgar, mandando en la *Trinidad*, como Mayor General de Uriarte. En 1810, hallándose de virey en Buenos-Aires fué débil, tan débil que permitió á los rebeldes formar una junta de gobierno, con tal que le diesen un puesto en ella. Pero los insurgentes americanos, despues que se apoderaron del gobierno y de las fuerzas navales, despidieron ignominiosamente á Cisneros. Vuelto á España, no encontró un patíbulo, sino la capitanía general del departamento de Cádiz, que era un buen momio, y despues el ministerio de Marina.—Cisneros tenia pocos amigos. Apenas le traté, porque su lúgubre tristeza me aburría en extremo.

—Si Cisneros y yo seguimos en Marina y Guerra—afirmó Eguía con petulancia,—hemos de poner á marineros y soldados, como ántes dije, en el pié de magnificencia que les corresponde.

—Mientras no se encargue de calzar ese pié de magnificencia el señor duque que está presente...—dijo Ceballos mirando con maliciosa intencion á Paquito Córdoba.—Mientras todo el ejército de mar y tierra no vista y coma al compás de los rollizos galanes de la guardia... El señor duque puede comunicar al señor ministro de la Guerra su receta para engordar soldados.

Con estas frases malignas, zahería el astuto ministro de Estado al señor duque de Alagon. Hacia tiempo que no se miraban con buenos ojos.

—La guardia de la Real persona—dijo Paquito Córdoba—come lo que Su Majestad se digna darle. En ella no hay un solo individuo que haya metido su mano en la olla del Rey José, ni en el puchero de las Córtes de Cádiz.

Esta saeta era muy punzante para Ceballos, que desde 1808 se habia sentado á todas las mesas. No contestó el ladino cortesano á la insinuacion del duque y varió de conversacion. Era Ceballos hombre instruidísimo en diplomácia máxima y mínima; muy conocedor de las grandes vías, así como de los callejones de la política. Reservándome para más adelante el trazar su historia, diré aquí tan sólo, que era el más instruido de los que allí estábamos pre-

sentes, sumamente listo, de semblante simpático y modales muy finos, como de quien habia cursado en diferentes córtés europeas, distinguiéndose además por su aparente dignidad y cordura al tratar las cuestiones de Estado. Detestaba cordialmente la camarilla, á la cual llamaba *vil chusma*, aunque nunca se atrevió á combatirla abiertamente, ni tampoco renunció á su apoyo cuando lo necesitaba. Más que ódio inspirábale envidia la camarilla, porque podia más que él. En cuanto á mi persona, en aquella sazón Cevallos me consideraba mucho, porque queria congraciarse con Ugarte, á quien envidiaba y temia. Así es, que no bien disparóle el duque la alusioncilla picante de su afrancesamiento, entabló coloquio conmigo, mientras los demás, se ocupaban de otro negocio.

—¿Con que va Vd. á la Caja de Amortizacion?
—me dijo.

—Por mi parte nada sé—repuse con modestia.—Algunos me lo han dicho; pero puedo asegurar que no lo he solicitado, ni hasta ahora me lo han propuesto.

—Dígolo, Sr. Pipaon—añadió disimulando con una sonrisita forzada y modales respetuosos el desprecio que aquel fátuo sentia hácia mi,—dígolo, porque me parece una de las mercedes más justas que se han dado en estos tiempos...

Vamos á ver, ¿por qué no se viene Vd. con nosotros?

—¿Al ministerio de Estado?

—Justo. Hombre, se lo he de decir á Ugarte, á mi querido amigo el Sr. D. Antonio... Allí necesitamos hombres de actividad, hombres de ingenio despierto...

—Gracias, Sr. D. Pedro. Yo no sirvo para la diplomacia.

Firme en mi propósito de no desperdiciar rípio para ganar la estimacion de cuantos hombres figuraban, hubiesen figurado ó estuviesen en vías de figurar por aquellos dias, dije al don Pedro:

—En el ministerio de Estado no pueden servir hombres legos y sin ninguna ciencia diplomática. Desgraciadamente en España tenemos tan pocas personas idóneas para este ramo...

—Es verdad.

—Tan pocas, que se pueden contar,—repetí —y si nos concretamos al desempeño de la primer secretaría, no sé, no sé que haya más de uno... No lo digo porque me esté Vd. oyendo. Cuantas veces he hablado de esto con mis amigos les he dicho: «Cítenme Vds. un hombre, uno solo que pueda reemplazar á D. Pedro Ceballos, si por desgracia dejara la cartera de Estado.»

—¡Oh! es Vd. muy benévolo, Pipaon—dijo, no muy sensible á mis lisonjas.

—Es la verdad—proseguí con calor.—Yo me asombro de la delicadeza y dificultad de los negocios diplomáticos en que hay que tratar con naciones extrañas, y procurar engañarlas á todas si es posible... Cualquier ministerio puede desempeñarse fácilmente; pero el de Vd... Bien lo conoce Su Majestad, que al tolerar en las demás secretarías á personajes tan nulos como D. Francisco Eguía—bajé la voz, aunque estaba lejos,—pone en las de Estado, al único hombre de talento y saber que frecuenta estas salas...

—¡Qué lisonjero!

—¡La verdad! Vamos á ver. ¡No da risa ver al frente del ramo de Guerra á ese grotesco señor de la coleta, que poco há ponderaba las ridículas ordenanzas que ha dado al ejército?

D. Pedro Ceballos no pudo contener la risa.

—Calle Vd., calle Vd—me dijo, haciendo alarde de prudencia y compañerismo.

Luego bajando la voz, y tomándome el brazo para alejarnos más de los demás palaciegos, me dijo:

—Sea Vd. franco. Esa *vil chusma*, con la

cual Vd. anda á brazo partido, ¿ha dicho hoy algo de la caída de Villamil?

—No he oído una sola palabra, Sr. D. Pedro: ellos no se franquean conmigo—respondí.

—Saben que les desprecio áltamente...

—Se murmura que Villamil no durará dos días. ¡Qué desventurado reino! Aquí no hay nada seguro; estamos á merced de esa gentuza...

—Si yo no sé como Su Majestad tolera que ese vil criado, ese libertino duque...

—Más bajo...

—Y no dudo que lo consigan—añadí con magistral oficiosidad.—Será lástima que un ministro tan probo, tan entendido, tan decente como el Sr. D. Juan Perez...

—¡Oh! Yo pienso hablar al Rey hoy mismo con energía—dijo aquel hombre que no había sido nunca enérgico más que para pasarse de un partido á otro.—Esta detestable servidumbre, que es autora de la bárbara política que se hace hoy, así como de las crueldades de los comisarios enviados á provincias por privada disposición del Rey sin contar con nosotros; esa vil servidumbre, esa desastrosa política, repito...

No dijo más, porque se acercó á nosotros un nuevo personaje. Era el obispo de Almería, Inquisidor general.

—Bien venido sea el señor obispo—dijo don Pedro ceremoniosamente.

—Felices, hijo mio—repuso el prelado sonriendo;—¿esa salud como va?—¿Pero no anda por aquí el Sr. Collado?... ¡Sr. Collado!

Y dirigió sus miradas á un lado y otro sin dejar la sonrisita.

El lacayo acudió presuroso mientras los presentes besábamos el anillo á Su Ilustrísima. Tenia el de Almería un semblante de angelical bondad, que al punto le ganaba las simpatías de cuantos tenian la inefable dicha de tratarle. Hombre menudillo y achacoso, no dejaba por eso de ofrecer un aspecto verdaderamente patriarcal. ¡Bondadosísimo varon! Viéndole, se sentia uno inclinado á las buenas acciones, á la mansedumbre evangélica, á la exaltacion mística y á la piedad. No salia de su boca palabra alguna que no fuese la misma devocion y un compendio del Evangelio.

—No he querido retirarme sin hablar con usted—dijo á Chamorro.—Vengo de ver á Su Majestad, y le he recomendado el asunto de las señoras de Porreño. Se presenta muy favorable; pero es preciso que me lo apoye Vd., pero que me lo apoye en forma, ¿estamos?

—Descuide Su Ilustrísima—repuso el exaguador.—Se atenderá con mucho gusto.

—Tambien el Sr. Artieda lo toma con gran calor—prosiguió el príncipe de la Iglesia, con benévola sonrisa;—pero no me fio de Artieda, que es un poco falso. Vd. es más formal, Sr. Collado... ¡Ay! como Vd. me descuide de este asunto... Son infinitas las personas de viso que se interesan por esas pobres señoras. Aquí precisamente tenemos una.

El obispo me señaló. Inclineíme respetuosamente.

—En efecto—dije.—Conozco mucho á esas señoras y ya he dado algunos pasos... Es indudable que alcanzarán lo que solicitan... O hemos de poder poco, Ilustrísimo Señor, ó lo hemos de conseguir.

—Es preciso hacer algo por los desgraciados—afirmó el Inquisidor, dando un suspiro, y poniendo los ojos en blanco.—Esto es más que un favor, Sr. Collado; es una obra de caridad... No me descuide Vd. tampoco aquel asuntillo de mis primas, ¿eh?

—Puede Su Ilustrísima ir sin cuidado—replicó el ex-aguador.—Todo se hará.

—Si no fueran obras de caridad, no molestaria...—dijo el prelado en tono de protesta.—Pero, amados hijos míos, no se ven más que lástimas por todos lados... Yo quisiera atender á todo; pero soy un pobre pastor viejo que ape-

nas puede ya con el cayado... Con que, ¿quedamos en ello?—añadió con apresuramiento y afán de marcharse, porque habia llegado la hora de la comida.—No necesitaré dar á usted nota escrita, ¿verdad?

—Tengo buena memoria—repuso el criado, besando de nuevo el anillo al noble prelado.—Téngala Usía Ilustrísima tambien para mí en sus oraciones.

Nos disponíamos á acompañarle hasta la sala inmediata, donde le aguardaban sus familiares, cuando á él y á nosotros nos detuvo otro personaje, tambien anciano simpático y venerable, que de improviso entró. Era don Tomás Moyano, ministro de Gracia y Justicia, célebre por sus muchos parientes, que iban viniendo en tribus invasoras de los pueblos de Rueda, Medina y La Seca, para acomodarse en la admistracion. Habia sustituido á Macanáz. Si he de decir verdad, era hombre altamente insignificante, que por nada se distinguia, como no fuera por su obesidad. Al entrar hizo algunos gestos, como mandando á todos que nos detuviéramos para comunicarnos algo de mucha importancia, y ántes que le preguntáramos, dijo á voces:

—Aquí llevo el decreto para que lo firme Su Majestad.